

Nacionalismo y construcción estatal en Rusia: Un consenso social debilitado

Nationalism and state control in Russia: A weakened social consensus

Marlène Laruelle

Profesora de Investigación, Instituto de Estudios Europeos, Rusos y de Eurasia (IERES), The Elliot School of International Affairs, George Washington University
marlenelaruelle@yahoo.com

RESUMEN

El nacionalismo en Rusia se desarrolla en diversos registros: es el instrumento por el cual una élite dirigente logra superar, al menos de forma aparente, sus divisiones internas y unificar el espectro político bajo su bandera; se puede también asemejar a una forma renovada de contrato social propulsada por el Estado que intenta aprovecharse de la apelación a elementos del sustrato cultural con capacidad para generar consensos en torno al patriotismo; por último, para una pequeña porción de la población comprometida con los partidos radicales de derechas, el nacionalismo facilita la movilización contra el "otro" en tiempos en los que el descontento social masivo se expresa en términos xenófobos. El nacionalismo es como un conglomerado polifacético que revela la multiplicidad de experiencias sociales y culturales vividas en la Rusia contemporánea. A través de él, quienes fracasaron en las reformas formulan sus críticas y su nostalgia por el pasado, mientras que las élites y las clases medias que se han beneficiado de estos cambios expresan su satisfacción y confianza en que Rusia ganará el juego de la globalización.

Palabras clave: Rusia, extrema derecha, nacionalismo, xenofobia, patriotismo

ABSTRACT

Nationalism in Russia is played out on several registers. It is the instrument by which the ruling elites succeed in effacing (at least superficially) their internal divisions and unifying the political spectrum under their banner. It can also be likened to a new form of state-proposed social contract, an attempt to remobilise society to its advantage by drawing on those elements of its cultural reservoirs that form a consensus around the theme of patriotism. Lastly, for the tiny proportion of the population committed to radical right-wing parties, it makes it possible to mobilise against the "other" at a time when massive social discontent is being expressed in xenophobic terms. Nationalism is therefore akin to an amalgam that reveals the multiplicity of current social and cultural experiences in contemporary Russia. Through nationalism, those who have lost out as a result of the reforms formulate their critique of the present and their nostalgia for the past, whereas the elites and the middle classes that have gained from these changes express their satisfaction and belief that Russia will win the game of globalisation.

Keywords: Russia, extreme right-wing, nationalism, xenophobia, patriotism

El nacionalismo es un fenómeno interactivo cuya función es integrar a los ciudadanos y legitimar las decisiones tomadas por las élites, garantizando al mismo tiempo la cohesión social en épocas de crisis. En Rusia se alimenta con los traumas sufridos después de la desaparición de la URSS, que llevaron a la sociedad rusa a anhelar una cierta modernización autoritaria. El nacionalismo se desarrolla en varias dimensiones. Es el instrumento por el cual una élite dirigente logra superar, al menos de forma aparente, sus divisiones internas y unificar el espectro político bajo su bandera. Puede también asemejarse a una forma renovada de contrato social propulsada por el Estado que intenta aprovecharse de la apelación a elementos del sustrato cultural con capacidad para generar consensos en torno al patriotismo. Por último, para una pequeña porción de la población comprometida con los partidos radicales de derechas y sus postulados, el nacionalismo facilita la movilización contra el “otro” en tiempos en los que el masivo descontento social se expresa en términos xenófobos. El nacionalismo en Rusia no es marginal y no pertenece únicamente a la extrema derecha, sino que parece formar parte de una cierta normalidad política, social y cultural.

A diferencia de los estados de la Unión Europea, Rusia no ha experimentado una erosión de los poderes e instrumentos del Estado-nación a cambio del desarrollo de instancias supranacionales. Tampoco pertenece a la categoría de países que acaban de emerger de un pasado colonial y virtualmente han de construir identidades políticas completamente nuevas. Afirmando su continuidad histórica más allá de los cambios de regímenes políticos (Imperio zarista, URSS, Federación Rusa), Moscú puede asentarse en una larga tradición estatal, pero también de carácter imperial, lo que la obliga hoy a repensarse a sí misma como un Estado-nación. La necesidad de construir un nuevo consenso social es, precisamente, lo que posibilita la interiorización de los cambios experimentados durante las dos últimas décadas mientras se afrontan transformaciones vinculadas a la globalización, tales como el fenómeno migratorio. La identidad nacional no es inmutable; por el contrario, es un constructo en constante evolución, sujeto a perpetuas renegociaciones e indicativo de los constantes ajustes de las sociedades ante nuevas situaciones políticas, económicas y sociales. A pesar de todas sus contradicciones y ambigüedades, la nación permanece como el marco privilegiado de la expresión de la ciudadanía, y muestra que las identidades nacionales están sujetas a un permanente proceso de reinvenición.

UN NACIONALISMO ANCLADO EN LOS TRAUMAS DE LOS NOVENTA

Durante los años de la perestroika, la escena intelectual rusa estaba dominada por debates sobre la interpretación del pasado estalinista y el redescubrimiento de discursos en torno a la “la idea rusa” (*rusaskaia ideia*). Discursos que inspiraron parte del mundo intelectual ruso durante el siglo XIX y principios del XX, unificándolo bajo la idea de que la esencia nacional estaba impregnada de rasgos atemporales como el mesianismo, la espiritualidad ortodoxa y un sentido de colectividad (*sobornost*). Esta noción fue expandiéndose poco a poco hasta permeare el conjunto de debates sobre la identidad, desde los primeros eslavófilos en la década de 1830 hasta los doctrinarios contemporáneos cuya autoasignada misión es la de definir la nación. Junto con cuestiones ecológicas, el levantamiento del tabú sobre el régimen zarista, y la rehabilitación de la fe ortodoxa, temas en discusión desde los años sesenta del siglo pasado entre pequeños círculos disidentes e instituciones como la Unión de Escritores de la URSS, la cuestión de la identidad rusa ocupó un lugar de creciente centralidad en la naciente opinión pública de la segunda mitad de los años ochenta. Las incertidumbres sobre la desintegración del imperio, fortalecidas por los conflictos que estallaron en el Cáucaso, Asia Central y Moldova, alimentaron las ansiedades nacionales rusas vinculadas al colapso de la unidad soviética.

En los primeros años de la década de los noventa, esta búsqueda de identidad se incardinó en un discurso intelectual y político que expresaba el deseo de instituir un “país normal”, articulado sobre “valores universales”. La mayor parte de la élite tenía como modelo a Europa occidental, y deseaba poner fin a la vía de desarrollo específica que seguía la URSS. Sin embargo, este discurso no estaba aceptado universalmente. Muy pronto se escucharon expresiones de disenso, como la del Patriarcado de Moscú o la del Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF), que se formó en 1993 de las ruinas del difunto Partido Comunista de la URSS. Ambas voces impulsaron una reflexión contraria resaltando la especificidad de la civilización de Rusia. El Partido Comunista inició una elaborada doctrina de la nación fundada en una actualización de “la idea rusa”; según ésta, tanto la idea de colectividad (*sobornost*) como la preeminencia del Estado (*gosudarstvennost*) definen la identidad rusa: no hay ningún gran poder ruso que pueda existir sin una espiritualidad inspirada por la Ortodoxia, en cuyo linaje directo figura el Comunismo (March, 2002). Por su parte, la Iglesia –en particular, el Cirilo Metropolitano, a cargo del Departamento de Relaciones Exteriores del Patriarcado y considerado como el mayor ideólogo de la institución–, desarrolló la idea según la cual la Ortodoxia es una religión comunitaria más que individual (Rousselet, 2000) y trató de teorizar la existencia de una “civilización ortodoxa” con sus valores propios.

A partir de 1992-1993, la violencia de los cambios económicos y sociales fue tal que se desmoronó rápidamente la amplia aceptación que había conseguido la transición a una economía de mercado. Como consecuencia de estas transformaciones sin precedentes, el término “democracia” adquirió progresivamente entre la opinión pública connotaciones negativas e incluso insultantes, al usarse para definir a los políticos que se negaban a reconocer el saqueo de las riquezas del país por parte de los oligarcas. La referencia a la prominencia europea se diluyó, la democracia se asimiló a los daños del capitalismo y los derechos políticos pasaron a ser considerados secundarios frente a la urgencia material de la supervivencia individual. A lo largo de esa década, el joven régimen ruso tuvo que afrontar diversos traumas que fortalecieron la devaluación del modelo occidental (Sakwa, 2007). La sangrienta confrontación entre el presidente del país y el Sóviet Supremo, en otoño de 1993, evocó el espectro de la guerra civil y reveló cómo los partidarios de la occidentalización desdeñaban el debate democrático y en su lugar preferían una presidencialización del régimen. La pérdida de influencia de Rusia en el espacio postsoviético, las discriminaciones que sufrían los rusos étnicos en este espacio –en particular en Letonia y Estonia–, los conflictos secesionistas congelados en Transnistria (Moldova), Osetia del Sur y Abjazia (Georgia), así como la constitución de un eje antirruso vinculando esencialmente a Ucrania y Georgia, entre otros, agudizaron la humillación geopolítica de la segunda potencia mundial. La derrota del ejército ruso en 1996, durante la primera guerra en Chechenia, fue vivida como un trauma. Chechenia se convertiría desde entonces, y hasta el día de hoy, en la referencia de todos los miedos rusos. La crisis financiera rusa de 1998 provocó un nuevo trauma, en medio de una difícil situación internacional: la intervención de los países occidentales en las guerras yugoslavas y la expansión de la OTAN hacia el Este cristalizaron en el resentimiento de los ciudadanos rusos, sorprendidos por el hecho de que no hubiese sido tenido en cuenta el punto de vista de Moscú.

Así, la necesidad de ser respetados en la escena internacional y la reafirmación del poder ruso, auspiciadas por este sentimiento de inseguridad identitaria, se convirtieron en temáticas recurrentes del discurso oficial. El comienzo de la segunda guerra en Chechenia en 1999 llevó el discurso sobre la seguridad hasta sus límites: xenofobia, islamofobia ascendente y la “guerra contra el terror” fueron convertidos en los motores de la acción pública. En este contexto, el nacionalismo y el patriotismo devinieron en un elemento central del pacto que el Estado buscaba establecer con la sociedad. Aspectos tales como la concentración del poder alrededor de la figura presidencial, el discurso sobre las amenazas a la unidad nacional, el retorno al estatus de gran potencia como elemento clave para la supervivencia del país, la desconfianza hacia Occidente y un sentimiento generalizado de colusión entre los enemigos de Rusia, se han convertido en las referencias esenciales del poder político desde principios del siglo XXI.

LA DÉCADA DE 2000: DELIMITANDO EL CAMPO POLÍTICO A LA RETÓRICA PATRIÓTICA

La cuestión nacional domina el espacio político ruso desde el cambio de siglo. A partir de mediados de los años noventa, los temores a una polarización del país dieron lugar a una voluntad de reconciliación en torno a mensajes patrióticos con el fin de debilitar la confrontación ideológica entre los partidos. Durante sus dos mandatos presidenciales, Vladimir Putin no hizo sino legalizar y estructurar ideológicamente, en un todo coherente, una serie de procesos que ya existían durante la época de Yeltsin.

En enero de 1994, el Kremlin anunció que las reformas liberales serían implementadas de forma menos radical. En febrero, la Duma, dominada por el Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR), liderado por Vladímir Zhirinovskiy, y el Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF), liderado por Gennady Zyuganov, votaron la amnistía de los golpistas de agosto de 1991 y los sublevados de octubre de 1993. En 1995, Boris Yeltsin levantó la prohibición impuesta sobre las temáticas patrióticas en la organización de las festividades por el cincuenta aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Un año más tarde, el 12 de junio –día de la fiesta nacional por la Declaración Rusa de Soberanía en 1990– el presidente declaró que “lo más importante para Rusia es la búsqueda de una idea nacional, de una ideología nacional” (“*El'tsyn o natsional'noi idee*”, *Nezavisimaya gazeta*, 13.07.1996: 1). El periódico gubernamental, *Rossiiskaia gazeta*, organizó una competición sobre la “nueva idea rusa” y recibió cientos de eslóganes enviados por sus lectores. Durante el segundo mandato de Yeltsin (1996-1999) emergieron nuevas figuras en la escena política que recurrieron a la retórica patriótica: el general Alexander Lebed (1950-2002), Yevgeni Primakov, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores y posterior primer ministro, y Yuri Luzhkov, alcalde de Moscú (Raviot, 2007). Al sostener que no había motivo por avergonzarse de buscar un Estado ruso fuerte en política interior y en política exterior, estos partidarios de la “tercera vía” reforzaron el discurso patriótico y provocaron la marginación de la retórica prooccidental de los últimos liberales.

Por primera vez desde la caída de la URSS, las referencias a la patria dejaban de estar exclusivamente en manos de políticos tenidos por excéntricos, radicales, o protofascistas y eran enunciadas por figuras respetables, próximas a los círculos de toma de decisiones. En las elecciones legislativas de 1999, la idea de que Rusia debía seguir una vía de desarrollo específica generaba consenso entre los partidos considerados liberales, todos los cuales analizaban muy críticamente la situación del país. Desde su creación, el partido presidencial, entonces llamado “Unidad”, aprovechó eficazmente este consenso y presentó a Vladimir Putin como la encarnación de la reconciliación nacional. A lo

largo de la década de 2000, el Kremlin dominó la vida política a través del partido Rusia Unida, que, en nombre de la unidad nacional, tendió a monopolizar el espacio público. En las elecciones legislativas de diciembre de 2003, a los considerados partidos opositores que tradicionalmente enarbolaban la bandera del nacionalismo, como el LDPR de Vladímir Zhirinovskiy o el KPRF de Gennady Zyuganov, se les unió una nueva formación llamada Ródina (“Madre Patria”). Propugnando una política de izquierda, Ródina reunió a figuras nacionalistas de círculos marginales con aquellos que estaban dispuestos a una alianza y parecían capaces de convertir discursos antes considerados radicales en una doctrina “políticamente correcta”.

De aquí en adelante, los cuatro partidos de la Duma encuentran en la retórica nacionalista su fuente de legitimidad. El nacionalismo, expresado bajo la bandera del patriotismo, se ha convertido en el discurso político dominante de Rusia y es utilizado por todos los partidos. Ninguna figura política, sea cual sea su posición, puede obtener legitimidad sin mencionar su apego a la madre patria y sin justificar sus propios planteamientos doctrinales de acuerdo con los intereses supremos de la nación. La retórica patriótica permite así a la élite dirigente decidir acerca de la legitimidad o ilegitimidad de las propuestas políticas. Su actuación no se rige por la lógica de la competición entre diferentes visiones del mundo, sino por la competición interna que caracteriza a los sistemas de poder burocráticos (Raviot, 2008). Rusia Unida ha sido, por lo tanto, exitosa en aglutinar las referencias patrióticas en una sola ideología conservadora que, además, se posiciona como una vía intermedia entre dos extremos enfrentados, el de las reformas liberales de los noventa y el de las corrientes nacionalistas y comunistas.

¿PERMITE EL PATRIOTISMO UNA NUEVA FORMULACIÓN DEL CONTRATO SOCIAL?

El patriotismo promovido por el Kremlin ha devenido en un continente sin demasiado contenido, dado el carácter generalista y consensual de los temas tratados tales como la recuperación del estatus de gran potencia para tratar de igual a igual con las restantes potencias en los ámbitos diplomático, energético y militar; la modernización de la tradición imperial a través de la defensa de su derecho a supervisar el “extranjero cercano”; la lucha contra el declive demográfico de la nación a través del fomento de la natalidad; la recentralización del país mediante la superación del tabú de la rusificación de la Federación Rusa; la interrupción de todo tipo de debilitamiento del poder central, percibido como una amenaza a la integridad del Estado; la afirmación de la continuidad

histórica del Estado más allá de los diferentes regímenes políticos y la redefinición de fronteras. Gran potencia, Estado, preservación de la nación, imperio o madre patria son, todas ellas, nociones convertidas en las etiquetas ideológicas más banales.

Los referentes ideológicos de las autoridades están parcialmente inspirados por el famoso trinomio “autocracia, nacionalidad, ortodoxia”, formulado en el siglo XIX por Sergei Uvarov (1786-1855) durante el reinado de Nicolás I (1825-1855), quien utilizaba estos tres términos para definir el carácter fundamentalmente conservador del régimen. El consenso patriótico actual, sin embargo, está estructurado en torno a la nostalgia soviética, que es un lugar común de toda la población, y trasciende divisiones sociales e ideológicas, e incluso, aunque de forma más limitada, generacionales. Una vez superado este primer estadio, el consenso se disuelve y el grado de nostalgia soviética se matiza con relación a la religión y las definiciones étnica o imperial de la identidad rusa. La política migratoria y la idea nacional son dos temas centrales que dividen a las clases dirigentes, en tanto que convierten la cuestión de la identidad nacional rusa en un asunto *práctico* y no sólo *doctrinal*. A partir de la mitad de la década de 2000, se produce un endurecimiento ideológico, particularmente con relación al sistema educativo. Se crean programas de educación patriótica para jóvenes, y los manuales de historia se reescriben desde una posición comprometida con el nacionalismo. Todo ello confirma que el Kremlin intenta implementar un nuevo adoctrinamiento.

Las autoridades han comprendido que, a largo plazo, el proyecto político de Rusia Unida sólo podrá tener éxito a través de una repolitización de la sociedad (Sakwa, 2008). Desde esta perspectiva, se considera que impulsar el rechazo popular a las humillaciones fomentará una revitalización económica y la reorganización de la sociedad de forma autónoma. En otras palabras, el patriotismo está diseñado para provocar en los ciudadanos la capacidad para “actuar por sí mismos”, por ejemplo, teniendo hijos, mostrando solidaridad con las personas mayores, dejando de beber, aceptando el servicio militar, participando en actividades caritativas; al hacerlo, compensarán la virtual inexistencia del Estado en estos ámbitos sociales. Sin embargo, este planteamiento infravalora los profundos antagonismos existentes y no garantiza que el Estado sea capaz de moldear a la sociedad de la forma en que lo pretende. Esto se evidencia, por ejemplo, con la distancia manifiesta entre las declaraciones patrióticas de la juventud y su rechazo masivo al servicio militar (Daucé y Sieca-Koslowski, 2006).

El patriotismo se postula como un distintivo de legitimidad social. Una declaración patriótica es un gesto conformista por el cual un ciudadano confirma su aceptación de las reglas del juego y demuestra su interés por la *res publica*, sin que su vida privada o hábitos cotidianos se vean afectados. Todos los ciudadanos son alentados a interiorizar un discurso normativo sobre la legitimidad de la nación y los referentes que la encarnan. Sin embargo, bajo la etiqueta patriótica pueden encontrarse prácticas muy diversas. No todas las clases sociales tienen las mismas herramientas a su disposición para interpretar

el discurso que emana de las autoridades. Las minorías étnicas, así como las élites regionales de las repúblicas, abogan por un tipo diferente de patriotismo, con un acento distintivamente federalista y basado en un mayor respeto por la diversidad étnica y religiosa del país. Las iglesias y diversas asociaciones también buscan contribuir a los elementos patrióticos simbólicos con sus enfoques y elementos específicos. Para lograrlo, no obstante, han de competir con el Gobierno, que considera que sólo él está cualificado para moldear la identidad nacional. Por último, el espectro ideológico al alcance de cualquier individuo sigue siendo amplio: uno puede sentirse un patriota y simultáneamente criticar a las élites en el poder, estar comprometido con actividades políticas o sociales sin respaldar la agenda política del Kremlin, o hacer uso del patriotismo no como un tipo de conformismo sino, por el contrario, como un modo de distinción social. La utilidad del patriotismo es, por lo tanto, limitada debido a que interfiere en muchos ámbitos sociales.

EL PESO DEL PASADO ZARISTA Y SOVIÉTICO: ¿ESTADO-NACIÓN O IMPERIO?

La relación entre Estado, nación e imperio ha constituido uno de los “nudos gordianos” de la historia rusa desde el siglo XVI, dado que las fronteras del Estado nunca fueron de forma sistemática aquellas que coincidían con la colectividad definida como rusa. Durante la Edad Media, los principados de Moscú y Novogorod expandieron sus posesiones hacia el noroeste y asimilaron así a las poblaciones ugrofinesas. Después de la toma de Kazán y Astraján, en 1552 y 1556, respectivamente, hito que marca la victoria de Moscú sobre la Horda de Oro mongol, la Rusia zarista avanzó hacia Siberia: los Urales fueron cruzados en 1581, el océano Pacífico fue alcanzado por los cosacos en 1680, Alaska fue puesta bajo autoridad rusa en 1741, y el Janato de Crimea, vasallo del Imperio otomano, fue integrado en 1783. En el siglo XIX, Rusia emprendió la conquista de las estepas kazajas y el desierto de Asia Central, lo cual le aproximó a los dominios del otro gran imperio europeo en Asia, el británico. En 1895, Afganistán quedó fijado como Estado tapón entre los dos imperios. A lo largo de su existencia, el Estado zarista nunca elaboró ni una verdadera ideología colonial ni unas prácticas uniformes para tratar vis-à-vis con el conjunto de poblaciones conquistadas, en parte por razones históricas, dada la multiplicidad de impulsos y momentos de expansión territorial y, en parte, por la diversidad cultural de las poblaciones bajo su jurisdicción. Su sistema administrativo era, por ello, remodelado regularmente (Cadiot, 2007; Kappeler, 1994).

En la época soviética, por el contrario, las autoridades intentaron establecer una “política de nacionalidades” para normalizar las relaciones entre el centro y la periferia. La historia de la URSS está, por lo tanto, marcada por un constante reajuste entre la supremacía de facto otorgada a los rusos y una institucionalización de identidades nacionales [étnicas] tendente a un reconocimiento amplio de las minorías. Con interrupciones en la década de 1930, la URSS institucionalizó una discriminación positiva para las minorías nacionales, asignándoles, en grados/niveles definidos por el poder central, identidades específicas, territorios, así como derechos administrativos y culturales (Martin, 2001). La política de indigenización, en particular bajo el mandato de Leonid Brézhnev, posibilitó la articulación de élites políticas e intelectuales nacionales que, inopinadamente, “allanaron el camino” para las independencias de 1991. No obstante, los rusos étnicos disfrutaban de un estatus privilegiado dentro de la URSS y eran considerados la “columna vertebral” del país. En sus primeros años de existencia, el Estado bolchevique promovió una amplia rusificación del imperio y aspiraba a implantar un centralismo que acabara con las múltiples divisiones políticas y territoriales. En los años treinta, la oficialización de la idea del “hermano mayor” desarrollada por Josef Stalin tuvo como corolario la eliminación física de las elites comunistas indígenas, quienes habían intentado inculcar el socialismo entre las minorías no rusas. La entrada de la URSS en la Segunda Guerra Mundial en 1941, provocó la exacerbación patriótica que condujo a la deportación de millones de personas pertenecientes a “los pueblos castigados” por su pretendida colaboración con el enemigo¹.

Desde el periodo soviético, la Federación Rusa es un Estado federal que agrupa a más de ochenta “sujetos” jurídicos de los cuales veintiuno son repúblicas nacionales. La repentina desaparición de la URSS, al principio de los noventa, extendió la preocupación entre la sociedad en lo concerniente al territorio nacional. Las demandas de las minorías nacionales, en particular en el norte del Cáucaso y la región de Ural-Volga, parecían amenazar con provocar la implosión de la nueva Rusia independiente. La dolorosa pérdida del imperio obligaba a una reflexión acerca de la definición de la nueva Rusia y su capacidad para adoptar un modelo de Estado-nación y, consecuentemente, sobre su habilidad para construir una identidad cívica “rusiana” (*rossiiskii*) que hiciera desaparecer la distinción entre los rusos étnicos (*russkii*), que representan alrededor del 80% de la población, y las minorías nacionales. El censo de 2002 reconoce 180 grupos etnoculturales, lo que impulsa al Estado ruso a afirmar

1. Esta deportación masiva comenzó antes de la guerra, alrededor de 1937, para los coreanos del Extremo Oriente, continuó en 1941 para los alemanes del Volga y duró hasta 1944 para las poblaciones del Cáucaso.

orgullosamente la existencia del “pueblo multinacional de Rusia”, en el cual los rusos étnicos no tienen un estatus privilegiado. Sin embargo, en la legislación sobre las nacionalidades, los rusos tienen asignado el papel de ser los primeros entre iguales, dado que “las necesidades y los intereses de la población rusa (*russkii*, en su acepción etnocultural) deben estar completamente reflejados en los programas federales y regionales” (Sokolovskii, 2008). No obstante, desde principios de la década de 2000, cada vez más políticos se han mostrado favorables a la propuesta, regularmente planteada por los nacionalistas radicales, de otorgar a los rusos étnicos el estatus de población epónima. La mitad de la población parece apoyar la idea de tener una ley que defina el estatus específico de la población rusa como población epónima de Rusia, mientras que sólo un tercio se opone a ello (*Obshchestvennoe mnenie*, 2006: 6). El término “rusiano” (*rossiiskii*), que define la identidad cívica y no etnocultural de los ciudadanos, es criticado crecientemente, incluso en el Kremlin. Además, desde hace ya varios años, las autoridades centrales promueven la unión de varios “sujetos” y quieren establecer el límite de cincuenta entidades, lo que implicará la desaparición de algunas repúblicas o distritos nacionales. Este debilitamiento de las estructuras federales está considerado como el primer paso en la “rusificación de Rusia”, lo que implicará la puesta en cuestión de los logros de las minorías nacionales y un refuerzo de la lengua rusa a expensas de las lenguas minoritarias, la concesión de un estatus privilegiado a la Ortodoxia o la requisición de las riquezas económicas por parte de Moscú. Esta recentralización está, por lo tanto, provocando tensiones entre el centro y la periferia, dado que las repúblicas nacionales son reacias a aceptar cualquier tipo de reducción de su autonomía.

Las doctrinas rusas, por consiguiente, giran en torno a una pregunta central: ¿es Rusia un Estado-nación de tipo europeo con posesiones asiáticas, o es un tipo específico de Estado euroasiático y, en ese caso, puede ser asemejado a un imperio multinacional como el Habsburgo o a un Estado de pioneros como el norteamericano? En la Rusia de hoy puede observarse la rehabilitación tanto del concepto Estado-nación, como el de Imperio, ambos concebidos en oposición a una noción cívica rusa criticada por su excesiva abstracción. Rusia tiene una larga tradición en la gestión de la diversidad nacional, y ha tenido que afrontar, en las dos últimas décadas, una petición creciente de demandas identitarias, tanto de minorías nacionales como de la población rusa mayoritaria. A pesar de la preeminencia otorgada a los referentes culturales rusos (lengua, cultura y religión), los órganos de poder, así como las instancias religiosas oficiales, se vanaglorian de la histórica tolerancia nacional del país. De esta manera, se sitúan en línea con la tradición soviética de concebir a los diferentes grupos etnoculturales del país en términos esencialistas, pero haciéndolo de un modo que se asemeja más a la concepción anglosajona contemporánea del multiculturalismo (Malakhov, 2007).

EL PARADÓJICO LUGAR DE LA EXTREMA DERECHA

Este contexto impide la consolidación de partidos radicales de extrema derecha en el panorama político, dado que el discurso nacionalista está en manos de los partidos gubernamentales. Sin embargo, el incremento de la xenofobia en la sociedad rusa ha facilitado la articulación de un fuerte movimiento *skinhead* y de grupos dedicados a luchar contra la inmigración. Durante la época de la perestroika, diversas corrientes cristalizaron en la asociación Pamiat (Memoria), una verdadera “escuela de cuadros” (Pribylovskii, 2007) para el nacionalismo ruso. Desde principios de los noventa, varias asociaciones y pequeños partidos políticos extraparlamentarios intentaron, sin demasiado éxito, encontrar un nicho social; si bien, en 1995, el centro de estudios de la vida política rusa, Panorama, cifraba ya en más de cien las organizaciones nacionalistas (Verkhovskii y Pribylovskii, 1996). Dos grandes partidos dominaban en cuanto al número de activistas (algunas decenas de miles) y su estructuración doctrinal: la Unidad Nacional Rusa, dirigida por Alexander Barkashov, y el Partido Nacional Bolchevique (PNB) de Eduard Limónov. Con la notable excepción de este último, la mayoría de los partidos extraparlamentarios, que tuvieron su apogeo en los noventa, desaparecieron rápidamente y fueron reemplazados por nuevos movimientos con concepciones políticas (referencias al nazismo) y religiosas (movimientos neopaganos) más radicales. La mayoría de estos nuevos movimientos han hecho del asesinato de personas definidas como “enemigos de la nación rusa” uno de sus asuntos centrales.

Los pequeños partidos de extrema derecha rehúsan participar en el juego electoral y fomentan entre sus seguidores la preferencia por la acción callejera en lugar de la vida política representativa. Todos han tenido regularmente problemas legales debido a las incitaciones al odio racial, el fraude fiscal, la asociación con criminales o la posesión ilegal de armas. Frecuentemente, mantienen relaciones cercanas con redes mafiosas y dirigen actividades comerciales lucrativas, en particular en los servicios de seguridad privadas. A nivel doctrinal, sólo el Partido Nacional Bolchevique se distingue por sus teorías anarquistas revolucionarias, mientras que las otras corrientes combinan, siempre de forma específica, llamamientos a la dictadura, alusiones a la “idea rusa”, una concepción culturalista o racista de la nación, referentes religiosos ortodoxos y/o neopaganos, argumentaciones antisemitas o xenófobas más o menos refinadas, y símbolos tomados del fascismo o el nazismo. Sus militantes son a menudo antiguos miembros de las fuerzas de seguridad (el ejército o la policía), a los que se añaden los niños de la calle reclutados sistemáticamente y gracias a los cuales los más veteranos pueden elevar su rango.

Desde los noventa, la única gran corriente de la extrema derecha que ha logrado una considerable implantación social ha sido la del movimiento *skinhead*, que supuestamente agrupa alrededor de 50.000 personas; hecho que convierte a Rusia en el país del

mundo con el mayor número de este colectivo (Shnirelman, 2007). Si bien al principio permanecían sumamente desorganizados, este movimiento ha ido estructurándose poco a poco a través de múltiples asociaciones y ha superado las divisiones doctrinales que separaban a los pequeños partidos extraparlamentarios al concentrarse en postulados xenófobos y acciones contra los inmigrantes. Inicialmente, el movimiento reclutaba a adolescentes muy jóvenes de las clases sociales debilitadas de los suburbios de las grandes ciudades, pero gradualmente logró ampliar su espectro social. En las grandes ciudades de Rusia, los *skinheads* pertenecen ahora a las clases medias que se han beneficiado del boom económico de la década de 2000. Estos *skinheads* visten ropas más caras, tienen mayor acceso a modas tecnológicas (teléfonos móviles, etc.) y sus hábitos cotidianos están más occidentalizados. También les singulariza el patriotismo económico de sus demandas; y es que los hijos de los dueños de pequeñas tiendas o negocios están en contra de la competición que ven representada por los inmigrantes (Laruelle, 2009). Sus enemigos no sólo son los extranjeros, sino también los homosexuales, sus oponentes políticos (quienes apoyan al PNB, anarquistas, activistas antiglobalización) y los jóvenes con un estilo de vida “excesivamente occidentalizado” (punks, raperos, skaters, etc.).

La violencia *skinhead* se ha intensificado con el cambio de siglo. Los pogromos en mercados con alta densidad de trabajadores extranjeros aparecen regularmente en las noticias; sin embargo, en 2010, la encuesta de la asociación SOVA² registró 38 personas muertas y 377 heridas como resultado de la violencia racista, dos veces menos que en 2008 (Verkhovskii y Kozhevnikova, 2011). Estos actos de violencia quedan normalmente impunes, debido a que la legislación es escasamente efectiva. La lucha contra el extremismo se ha convertido en el argumento por excelencia de las autoridades para reducir las libertades públicas, en particular las de la prensa y las ONG. La legislación trata de contrarrestar, únicamente, a aquellos movimientos como el Partido Nacional Bolchevique que socavan la autoridad del Kremlin, y no a aquellos que incitan al odio racial. De esta forma, con el pretexto de los daños a bienes materiales, la mayor parte de los ataques racistas son categorizados por el Ministerio de Justicia y la Fiscalía como actos de mera delincuencia común, y sin dar reconocimiento a las circunstancias agravantes del extremismo (incitación al odio racial).

La centralidad de la cuestión migratoria en la opinión pública permitió el crecimiento del Movimiento contra la Inmigración Ilegal en el panorama político y mediático. Creado en 2002 y formado esencialmente por *skinheads*, el movimien-

2. El Centro para la Información y el Análisis SOVA se dedica a la investigación sociológica sobre el desarrollo del nacionalismo y el racismo en la Rusia postsoviética: <http://www.sova-center.ru/en/>.

to se hizo notar durante el pogromo en Kondopoga en 2006 y se presentó, desde entonces, como la asociación que unificaba a todos los movimientos de la extrema derecha³. Su liderazgo en las “marchas rusas”, es decir, las manifestaciones nacionalistas organizadas desde 2005 para celebrar el día nacional el 4 de noviembre, reforzó este papel unificador. El Movimiento se convirtió en el principal canal de comunicación entre los diversos movimientos radicales, en particular los *skinheads*, algunos partidos políticos de la Duma (el LDPR, miembros del antiguo partido Ródina, y miembros del partido presidencial Rusia Unida), y funcionarios a cargo de cuestiones relacionadas con la inmigración. Antes de su prohibición, en abril de 2011, el Movimiento jugó un papel central en la reorganización del espectro nacionalista alrededor de la discursiva xenófoba. Desde entonces, sus activistas intentan reorganizarse en un nuevo movimiento.

LA XENOFOBIA Y EL FRÁGIL CONSENSO SOCIAL EN RUSIA

El rápido y masivo crecimiento de la xenofobia contribuye al debilitamiento del edificio multinacional y multirreligioso que es la Federación Rusa. Todas las encuestas sociológicas coinciden en señalar que alrededor de dos tercios de la población está preocupada por la llegada de trabajadores inmigrantes, en su mayor parte de las ex repúblicas soviéticas de Asia Central. Esta xenofobia no se dirige sólo contra los extranjeros propiamente dichos, sino también contra las minorías nacionales del norte del Cáucaso de la propia Federación Rusa (Leonova, 2004; Gudkov, 2005). De esta forma, desde principios de los noventa, un amplio y dominante sentimiento antichecheno se ha generalizado en una “caucasofobia”, y después del 2001 se ha transformado en una creciente islamofobia. Este sentimiento xenófobo alcanza progresivamente ámbitos sociales y políticos más amplios. Si bien en los primeros años de la década de

3. A principios de septiembre de 2006, la violencia racista estalló en la pequeña ciudad de Kondopoga en Carelia, tras una reyerta entre rusos y caucásianos que se saldó con dos muertos. Posteriormente, y organizados principalmente por el Movimiento contra la Inmigración Ilegal, unas 2.000 personas participaron en los disturbios contra los caucásianos de la ciudad. Los chechenos fueron brutalmente perseguidos; sus comercios saqueados y destruidos, y se exigió su expulsión. Las fuerzas policiales tardaron en intervenir, al tiempo que las autoridades locales parecían complacidas con la “limpieza” de la ciudad. Este suceso marcó un punto de inflexión en el tratamiento de la violencia racista en los medios de comunicación rusos.

los noventa existía una cierta correlación con el voto político, este vínculo ha desaparecido gradualmente y no existe una relación directa entre los sentimientos xenófobos y la simpatía con posiciones políticas extremistas. Un amplio consenso social que nada tiene que ver con la orientación política, la clase social, el nivel educativo o el nivel de ingresos emerge en torno a la xenofobia. Las encuestas sociológicas confirman que la juventud y las élites intelectuales manifiestan los niveles más altos de xenofobia (Dubin y Gudkov, 2007).

El miedo a los inmigrantes, especialmente a las poblaciones del Cáucaso y de Asia Central, se convierte entonces en uno de los ejes centrales de la reconciliación nacional en Rusia, dado que define la alteridad: en lugar de dividir a los ciudadanos en clases sociales, influencias ideológicas o ámbitos culturales, la xenofobia crea unidad. La influencia de grupos radicales es, por ello, limitada, pero son fácilmente tolerados, al ser considerados más como patriotas “agresivos” que como elementos peligrosos o criminales. De esta tolerancia por la expresión de ideas radicales puede inferirse la existencia de un nacionalismo ampliamente extendido. Los términos deben ser, por lo tanto, invertidos: la expansión del nacionalismo no se explica por la influencia de la extrema derecha, sino que, por el contrario, la extrema derecha encuentra facilidad para expresarse en Rusia debido a que el contexto social e ideológico está dispuesto a tolerarlo. Los eventos en Kondopoga en 2006 fueron un verdadero punto de inflexión en la liberación del discurso racista. Los eventos de la plaza de *Manézhnaya*⁴ en Moscú, en diciembre de 2010, agudizaron la expresión del racismo, así como la formación de bandas de jóvenes “rusos” y “caucásicos” preparadas “para la batalla”. Estos acontecimientos también ponen de manifiesto que el nacionalismo en la juventud será uno de los elementos utilizados en las campañas electorales de 2011 y 2012. Hasta ahora, todos los intentos para organizar partidos nacionalistas independientes del Kremlin han fracasado. Sin embargo, hay una nueva generación de militantes que promueven una xenofobia antiinmigrantes “políticamente correcta”, que tiene cultura y normas de acción europeas, con referentes como Le Pen, Berlusconi o Haider; y a los que el reciente éxito de la extrema derecha en los países nórdicos les reafirma en este empeño.

En el contexto actual, ningún partido puede ganar las elecciones si no es validado por el Kremlin. Los grupos radicales no pueden, en consecuencia, aspirar a ganar las elecciones, y pueden incluso tener dificultades en afrontarlas. Para que emergiera un partido político nacionalista poderoso sería necesaria una transformación en profun-

4. Tras el asesinato del joven seguidor del FC Spartak de Moscú, Yegor Svidirov, entre 3.000 y 5.000 ultras y nacionalistas radicales ocuparon las calles adyacentes a los muros del Kremlin. Corearon consignas contra la inmigración y la policía, e hicieron saludos nazis frente a unidades policiales.

didad del sistema político que implicase que el Kremlin perdiera el control sobre el discurso político, así como un mayor pluralismo. También podría darse el caso de que un movimiento xenófobo populista moderado tomase forma dentro de los círculos dirigentes y se convirtiera en la corriente oficial del Kremlin. El nacionalismo, en su expresión xenófoba, no desaparecerá rápidamente, en tanto que los mecanismos sociales, culturales, políticos e ideológicos que lo alimentan permanecen presentes e incluso se intensificarán en años venideros. A pesar de ello, es probable que una tendencia nacionalista rusa antioccidental pierda presencia, dado que los preceptos eslavófilos antieuropeos están perdiendo su pertinencia en la Rusia contemporánea, especialmente entre las generaciones más jóvenes. El país desarrollará, entonces, probablemente modelos de populismo xenófobo más próximos a los europeos, pero con un mayor espacio para la violencia y una mayor tolerancia social frente a ella.

CONCLUSIÓN

El nacionalismo es como un conglomerado multiforme que revela la multiplicidad de experiencias sociales y culturales vividas en la Rusia contemporánea. A través de él, quienes fracasaron en las reformas formulan sus críticas y su nostalgia por el pasado (Oushakine, 2009), mientras que las élites y las clases medias que se han beneficiado de estos cambios expresan su satisfacción y confianza en que Rusia ganará el juego de la globalización. El Estado ruso, por su parte, espera simultáneamente controlar las presiones xenófobas emanadas de la sociedad y canalizarlas para su propio provecho. El Estado crea una forma de demanda nacionalista, pero, al mismo tiempo, intenta cooptar o eliminar la movilización en el nombre de la nación si no es él mismo quien la inicia o no puede controlarla. Bajo los auspicios del partido Rusia Unida y la administración presidencial, también intenta implementar lógicas de reglamentación social. Las autoridades interpretan la promoción de una cierta forma de “patriotismo ilustrado” o “nacionalismo administrado” como un instrumento no sólo para facilitar la modernización autoritaria del país, que tome su inspiración de la URSS aun cuando sigue un modelo capitalista, sino también para acelerar la normalización del país, identificada con el paso al Estado-nación pero también con el retorno de la memoria imperial (y de ahí el levantamiento del tabú a la necesaria “rusificación de Rusia”); y, probablemente, incluso para promover una cierta forma de occidentalización, aun si ésta se lleva a cabo con mano de hierro desde el poder, tal y como ya aconteció con Pedro el Grande.

En Rusia, la nación se ha convertido en un mensaje integrador: cubre un amplio espectro social que va desde la violencia racista de los *skinheads* y la masiva, aunque difusa, xenofobia de la población, hasta la afirmación de la satisfacción cultural y material de las élites y la creencia en un futuro mejor para las clases medias. La nación está asimismo sometida a un proceso de reinención, en tanto en cuanto en las últimas dos décadas Rusia ha experimentado cambios de un alcance sin precedentes: la pérdida de su imperio, la contracción de sus fronteras, la desaparición del comunismo, el cambio de régimen político, una transformación social de gran magnitud, la apertura al mundo, etc. El sentimiento, ampliamente difundido en Rusia, de pertenecer a una civilización específica ha sido exitosamente registrado como una legitimación de la antiglobalización, tal y como lo identifican teorías culturalistas contemporáneas. Como indica Jean-François Bayart (1996), “la ilusión de la identidad” constituye en el presente uno de los modos privilegiados de respuesta a la globalización. Rusia es, por lo tanto, parte de fenómenos que son más globales y que de ninguna manera le son específicos.

Referencias bibliográficas

- BAYARD, Jean-François. *L'illusion identitaire*. París: Fayard, 1996.
- CADIOT, Judith. *Le Laboratoire impérial. Russie-URSS (1860-1940)*. París: CNRS-Editions, 2007.
- DAUCÉ, Françoise y SIECA-KOZLOWSKI, Elisabeth. *Dedovshchina in the Post-Soviet Military. Hazing of Russian Army Conscripts in a Comparative Perspective*. Stuttgart: Ibidem Verlag, 2006.
- DUBIN, Boris y GUDKOV, Lev. “Nevozmozhnyi natsionalizm. Ritorika nomenklatury i ksenofobii mass”. En: Laruelle, Marlène (ed.) *Russkii natsionalizm v politicheskom prostranstve (issledovaniia po natsionalizmu)*. Moscú: INION, 2007, p. 276-310.
- GUDKOV, Lev. “Smeshchennaia agressiia. Otnoshenie rossiiian k migrantam”. *Vestnik obshchestvennogo mnenija*, vol. 80, n.º 6 (2005), p. 60-77.
- KAPPELER, Andreas. *La Russie, empire multiethnique*. París: Institut d'études slaves, 1994.
- LARUELLE, Marlène. *In the Name of the Nation. Nationalism and Politics in contemporary Russia*. Nueva York: Palgrave/MacMillan, 2009.
- LEONOVA, Anastasia. “Nepriiazn' k migrantam kak forma samozashchity”. *Otechestvennye zapiski*, vol. 19, n.º 4 (2004) (en línea): <http://www.strana-oz.ru/?numid=19&article=921>
- MALAKHOV, Vladimir. *Ponaedali tut. Ocherki o natsionalizme, rasizme i kul'turnom pliuralizme*. Moscú: NLO, 2007.
- MARCH, Luke. *The Communist Party in Post-Soviet Russia*. Manchester: Manchester University Press, 2002.
- MARTIN, Terry. *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*. Londres: Cornell University Press, 2001.
- Obshchestvennoe mnenie, 2006*. Ezhegodnik. Moscú: Levada-Centre, 2006.

- OUSHAKINE, Sergei. *The Patriotism of Despair: Nation, War, and Loss in Russia*. Londres: Cornell University Press, 2009.
- PRIBYLOVSKII, Vladimir. « Le mouvement Parniat, 'école des cadres' du nationalisme russe durant la perestroïka ». En: Laruelle, Marlène (ed.) *Le Rouge et le noir. Extrême droite et nationalisme en Russie*. Paris: CNRS-Éditions, 2007, p. 99-114.
- RAVIOT, Jean-Robert. *Démocratie à la russe. Pouvoir et contre-pouvoir en Russie post-soviétique*. Paris: Ellipses, 2008.
- *Qui dirige la Russie ?* Paris: Lignes de repères, 2007.
- ROUSSELET, Kathy. « L'Église orthodoxe russe entre patriotisme et individualisme ». *xx^e siècle. Revue d'histoire* (avril-june 2000), p. 13-24.
- SAKWA, Richard. "Putin's Leadership: Character and Consequences". *Europe-Asia Studies*, vol. 60, n.º 6 (2008), p. 879-897.
- *Putin: Russia's Choice*. Londres: Routledge, 2007.
- SHNIRELMAN, Viktor. "Chistil'shchiki moskovskikh ulits". *Skinkhedy, SMI i obshchestvennoe mnenie*. Moscú: Academia, 2007 (2ª edición, 2010).
- SOKOLOVSKII, Sergei, "Essentsializm v rossiiskom konstitutsionnom prave (na primere terminologii, izpol'zuemoi v konstitutsiakh respublik v sostave RF)". En: Laurelle, Marlène (ed.) *Russkii natsionalizm: sotsial'nyi i kul'turnyi kontekst*. Moscú: NLO, 2008.
- VERKHOVSKII, Alexander y PRIBYLOVSKII, Vladimir. *Natsional-patrioticheskie organizatsii v Rossii*. Moscú: Panorama, 1996.
- VERKHOVSKII, Alexander y KOZHEVNIKOVA, Galina. *The Phantom of Manezhnaya Square: Radical Nationalism and Efforts to Counteract It in 2010*. Moscú: SOVA Center, 2011.